

**Confesión, culpa y penitencia:
construcciones de la alteridad.
Una lectura a “La tercera orilla del río”**

*Confession, guilt and penance: constructions of alterity.
A reading to “La tercera orilla del río”*

MARIAGUSTA CORREA

Universidad de Cuenca

DOI: <https://doi.org/10.32719/13900102.2017.41.1>

Fecha de recepción: 14 de enero de 2017
Fecha de aceptación: 30 de marzo de 2017



RESUMEN

El artículo analiza estos tres motivos: la confesión, la culpa y la penitencia, en el cuento “La tercera orilla del río” del libro *Primeras historias* (1962) de João Guimarães Rosa (1908-1967), para plantear el asunto de la construcción de una alteridad únicamente posible después del acto sacrificial, y dentro de una economía de la penitencia, que precisa una ruptura con su forma de vida anterior, a propósito de reafirmar la trascendencia asociada a la idea de la mortificación, y simbolizada en la perpetuidad del río en el que navega el padre y en el que también anhela navegar el hijo. La identificación de la culpa a través de la confesión, y la penitencia y su severidad hacen evidente la transformación de uno de los personajes e impulsan la dinámica confesión/penitencia que precisa padre e hijo para resignificar su condición de seres humanos, precisamente, a partir de, por un lado, el reconocimiento de sus faltas, como condición para la propia expiación, y, por otro, a través de la producción de una trama en la que se entrecruzan los signos de la tradición judeocristiana, el ejercicio de la memoria y la reconstrucción de los hechos.

PALABRAS CLAVE: Brasil, cuento, João Guimarães Rosa, confesión, culpa, penitencia, judeocristianismo, memoria, hechos.

ABSTRACT

The article analyzes these three motives: confession, guilt and penance, in the story “La tercera orilla del río” of the book *Primeras historias* (1962), by João Guimarães Rosa (1908-1967), to raise the issue of construction of an alterity only possible after the sacrificial act and within an economy of penance, which requires a rupture with its previous form of life, in order to reaffirm the transcendence associated with the idea of mortification, and symbolized in the perpetuity of the river in which the father sails and in which the son also wishes to sail. The identification of guilt through confession, and penance and its severity make evident the transformation of one of the characters, and drive the dynamic confession/penance that father and son need to re-signify their condition as human beings, precisely, from, on the one hand, the recognition of their faults, as a condition for the own expiation, and, on the other, through the production of a plot in which the symbols of Judeo-Christian tradition are interwoven, the exercise of memory and the reconstruction of the facts.

KEYWORDS: Brazil, story, João Guimarães Rosa, confession, guilt, penance, Judeo-Christianity, memory, facts.

EL PERSONAJE DEL relato “La tercera orilla del río”, usuario de un tono confesante y melancólico, cuenta su historia familiar a un receptor desconocido y silencioso, que pareciera conocer a esos “nosotros” (los hijos) a quienes hace referencia durante su alocución. Así, como intentando no ignorar ningún detalle, el personaje busca reconstruir límpidos recuerdos, comentarios, juicios de terceros, e imágenes, y desentraña con ellos, un sentimiento de culpa que finalmente lo interpela. En ese instante, va a reflexionar sobre su condición: “¿Soy hombre, después de este perjuicio?

Soy el que no fue el que va a callar”.¹ Y en las líneas que siguen, confirma su culpa y la condena de “concluir [mi] *su* vida en la mezquindad del mundo”.²

El narrador debe reconstruir un episodio importante de la vida del padre para afrontar su culpabilidad, y en virtud de ese afán, recurre a su memoria y pone en evidencia un desplazamiento de la identidad de su progenitor hacia una alteridad que se configura a través de ciertos rasgos que incluyen renunciaciones, alejamientos y transformaciones. El cuento “La tercera orilla del río” (del libro *Primeras historias*, 1962) de João Guimarães Rosa (1908-1967), es un texto que, por un lado, coloca una historia breve en el escenario rural, –recordemos que el autor ha escenificado algunos de sus relatos en el sertón brasileiro– y, por otro, privilegia como en varias narraciones suyas (en *Mi tío el jaguareté*, por ejemplo), el asunto de la confiabilidad de la voz de uno de sus personajes para que este asuma el estatuto de narrador y para que, además, se convierta en la voz única que predomina en la historia.

El plano existencial resulta ser la primera alternativa para leer este texto, sobre todo si se presta atención a la clave que el personaje facilita hacia el final de la historia. Téngase presente que entre las lecturas que este relato ha motivado, algunas repasan la idea de la navegación entre la vida y la muerte. Súmese a estas, la apuesta de Heloisa Caldas por el psicoanálisis, cuya oferta consiste en entender esa relación inconclusa del hijo con la figura del padre y esa incapacidad de sustituirlo, que luego se convierte en una suerte de angustia culposa. Otra lectura es la de Alicia Montero Morillo, quien a través de la comparación de este cuento con *La metamorfosis*, de Franz Kafka, se propone indagar en el absurdo y mirar las alegorías de transformación de los protagonistas de estos dos relatos, desde las nociones de monstruosidad y maquinismo. Quizá, el contenido del relato que acepta esta lectura asociada a la monstruosidad pueda ser mirado desde la idea del “salvaje”, explorada por Roger Bartra, en *El salvaje artificial*.

En efecto, el voto de silencio que comentaré en páginas siguientes, empata con un rasgo revisado por Bartra, y que tiene que ver con el hecho de que el salvaje “originariamente no tenía el don de la palabra”,³ –esto,

-
1. João Guimarães Rosa, “La tercera orilla del río”, en *El audaz navegante y otras historias* (La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1986), 45.
 2. *Ibíd.*, 45.
 3. Roger Bartra, *El mito del salvaje* (México: Fondo de Cultura Económica, 2011), 183.

recordando a Calibán, el salvaje más célebre creado por el pensamiento europeo, a partir de la versión del caníbal de Montaigne, y a propósito del rastreo que emprende el autor a ese apareamiento del salvaje en los escenarios ingleses—. De otro lado, la navegación por el segmento central y desolado del río hace contacto con ese lugar, también desolado, que fuera el privilegiado para escenificar los mitos de los salvajes europeos —los salvajes del bosque u *homo sylvestris*, o el salvaje Cardenio de Don Quijote en la serranía—.⁴ La asociación entre locura y penitencia con el estatuto de lo salvaje se explica ya sea por una forma pecaminosa o perversa de ser o por una penitencia capaz de expiar el pecado. Luego, recordemos que el salvaje conserva sus propias “metáforas (fuerza bruta, garrote, alimentos crudos, cuerpo monstruoso o cubierto de vellos, etc.)”,⁵ y miremos el devenir del disidente de esta historia, que cambió tierra por agua: “se había vuelto greñudo, barbón, con uñas grandes, enfermo y flaco, negro por el sol y por los pelos, con aspecto de bicho, casi desnudo, aunque disponía de piezas de ropa que de cuando en cuando se le proporcionaban”.⁶

La fortaleza y el vigor del padre para navegar y controlar que la canoa no se volcase ni flotara sin pulso, pese a su envejecimiento y a las enfermedades y a la flacura, que han sido nombradas sin detalle por el hijo en su relato, denotan esa metáfora de la fuerza del salvaje. Su cuerpo oscurecido por el sol y los pelos, su aspecto greñudo y barbón, y las uñas grandes remiten a la idea del cuerpo monstruoso. Este modesto ejercicio asociativo permite la construcción física del personaje que ha devenido en un salvaje, y que tiene a su cargo el poner en evidencia “el contrapunto entre la cultura y la naturaleza”.⁷ El asunto del aislamiento voluntario

4. *Ibíd.*, 207.

5. *Ibíd.*, 202.

6. Guimarães Rosa, “La tercera orilla del río”, 42.

7. Bartra, *El mito del salvaje*, 216. A propósito de esta oposición, Eduardo Viveiros de Castro comenta que “Lévi-Strauss siempre fue un naturalista, siempre tuvo, en un cierto plano, una concepción unitaria de la naturaleza. Y la oposición naturaleza/cultura es, para Lévi-Strauss, interna a la naturaleza. [...] la naturaleza es lo universal, la cultura lo particular”. Más, véase Eduardo Viveiros de Castro, *La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio* (Buenos Aires: Ediciones Tinta Limón, 2013), 220. La percepción de Lévi-Strauss nos dejaría pensar, por tanto, en una búsqueda de lo universal a través de la experiencia del desplazamiento del padre de esta historia, de un espacio a otro, que pone en evidencia la configuración de mundos opuestos por una serie de binarismos: agua/tierra, intemperie/albergue, espontáneo/artificial, orden natural/orden humano, no civilizado/civilizado, entre otros.

puede buscarse en el texto de Ferécates, *Los salvajes* (Agrioi), que ilustra la versión del hombre civilizado buscando el retorno a la naturaleza para evitar la corrupción de la ciudad. Otra conexión del estatuto de lo salvaje es la locura, ya que en algunos casos el salvajismo es descrito como una fase de demencia, mientras que en otros, es una forma pecaminosa o perversa de ser, o una penitencia impuesta para expiar un pecado.⁸ Siguiendo lo anterior, la propuesta de Bartra dejaría mirar una asociación entre la figura del salvaje que él rastrea y la representación del padre en el cuento de Guimarães Rosa.

Retornemos, sin embargo, a mirar esa que llamo clave entregada hacia el final del relato, y que tiene que ver con la insinuación del asunto de la muerte y con el miedo que esta suscita en la frágil experiencia humana:

Él me escuchó. Se levantó. Manejó el remo, en el agua, de proa hacia acá, conforme. Y yo temblé, hondo, de repente: porque antes, él había erguido el brazo y hecho un saludo —el primero, después de tantos años transcurridos. Yo no podía... Con pavor, erizados los cabellos, corrí, hui, me arranqué de ahí en un proceder desatinado. Porque me pareció que él venía: de la parte del más allá. Y estoy pidiendo, pidiendo un perdón.⁹

En efecto, el personaje cuenta que al mirar que el padre se acercaba, de pie, a bordo de la canoa, proveniente de ese desconocido “más allá”, decidió huir, desatinadamente. Su testimonio descubre un sentimiento de culpa, que tal como suele suceder con frecuencia, acepta su traducción en castigo. El hijo consiente su permanencia final en la sordidez del mundo, y guarda la esperanza de que “al menos, [que,] en el capítulo de la muerte, [me] lo agarren y [me] lo depositen también en una simple canoa”.¹⁰ Además, hace suya una condición sufriente, al tiempo que apela a la benevolencia del destino.

Lo anterior permite pensar en que si la interpretación del cuento en relación con el asunto existencial se centra en la articulación vida/muerte, entonces olvida un tanto otros datos que proporciona el personaje desde el inicio de su relato, y que son aquellos sobre los que quiero movilizar este otro acercamiento a esa *tercera orilla*. Veamos: la voz que cuenta es la del

8. Bartra, *El mito del salvaje*, 202.

9. Guimarães Rosa, “La tercera orilla del río”, 45.

10. *Ibíd.*

hijo, plegada a un tono de recordación y a un aparente diálogo con un receptor desconocido, silencioso, indefinible que, inclusive, podría terminar siendo él mismo. Aquello que motiva este acto que reconstruye la historia del padre y, de algún modo, sus subjetividades –la del padre y la del hijo–, es la sensación de culpa arraigada en su traición.¹¹

La revisión de la historia familiar nos deja saber que el padre un buen día había decidido callar: “Solamente quieto. Era nuestra madre la que mandaba y quien a diario regañaba a mi hermana, a mi hermano y a mí [...]. Nuestro padre no hablaba”.¹² Atendiendo a esta cita, se podría mirar, más que el cambio de roles dentro de la familia, que es uno de los significados de la renuncia a la figura paterna; más que las transferencias del poder; más que la construcción de la autoridad dentro del espacio familiar, a partir del uso de la palabra, una elección existencial y voluntaria que propone, también a través del silencio, a un sujeto otro. Esa elección tiene que ver con un distanciamiento que antecede a un retiro que es la expresión de una búsqueda espiritual.

La negación del don de la palabra significa para el padre la posibilidad de allanar el camino para otras dimisiones y otros desplazamientos. Su voto de silencio representa una renuncia a la comunicación, al contacto, al lenguaje, y en buena cuenta, a la palabra. Pero, es además el primer rasgo que se nos concede sobre la alteridad de un sujeto que precisaba abandonar la tierra a cambio del río y la canoa, que buscaba el distanciamiento de lo social en sus formas de familia y comunidad, que quería renunciar a los hábitos cotidianos del trabajo y la alimentación, y que mudaría su apariencia física, debido al abandono de los actos más elementales de la costumbre.

Volvamos por un momento al motivo del silencio. Dentro del relato, la única voz predominante que es la del hijo, no puede dar cuenta de frase alguna que hubiera sido pronunciada por el padre, cosa que si bien

11. La construcción de esta ficción en torno a los motivos de la culpa, la traición, el castigo o la penitencia nos remiten a la tradición judeocristiana. La culpa, por ejemplo, nos recuerda al codicioso Judas Iscariote que traiciona al hijo de Dios. La traición junto al efecto de la culpa que lo asedia y lo lleva al suicidio atraviesan un lugar en la economía de la redención, a través del sufrimiento. Luego revisaremos el asunto del reconocimiento de la culpa, funcionando como argumento de la penitencia, o lo que es lo mismo, miraremos cómo en la aceptación del error (al que con frecuencia suele llamársele pecado), entonces puede cobrar sentido la posibilidad del perdón y del arrepentimiento.

12. Guimarães Rosa, “La tercera orilla del río”, 38.

tendría relación con esas imposibilidades de gestionar la memoria en la edad infantil, tiene mucho más que ver con la configuración de un proceso en el que se va a construir una subjetividad particular. La negación de las posibilidades lingüísticas para la comunicación y la elección que hace el personaje con respecto a un silencio que ha de potenciar lo gestual, se constituyen en la estrategia de su primer distanciamiento. Recordemos que, llegado el momento de emprender su partida, tomando el río, el adiós del padre se sostuvo en un gesto de despedida: en la bendición al hijo, otra vez recurriendo a la gestualidad (y haciendo una alusión a la tradición cristiana, que resulta importante para auspiciar esta lectura), y en la mansedumbre de su mirada, que significaron para el personaje narrador la expresión de un código silencioso, con el que era posible levantar desde el pasado los episodios útiles para alimentar su testimonio. Pero, además, el silencio es la condición propia del retiro, pues asegura la paz necesaria para el encuentro espiritual y la imitación de actos fundamentales.

En relación al alejamiento del padre, merece especial atención el encargo de la construcción de una canoa, motivo que además marca un punto de giro en la historia, “Pero ocurrió que, cierto día, nuestro padre mandó que se le hiciera una canoa”.¹³ Se trataba de una embarcación pequeña, unipersonal, en la que solo podía caber el remero. Había sido construida de un material que lograra una fortaleza tal, que pudiera permanecer veinte o treinta años navegando en el agua. Una vez terminada, el padre inició su mudanza hacia el río que estaba ubicado a menos de cuarto de legua de su casa, y que era tan “Ancho, de no poder verse la otra orilla”.¹⁴ Fijese especial atención en esa imposibilidad de mirar el otro borde del río. Resta un espacio, y hay algo que está colocado en él y que queda marginado a la invisibilidad. La tercera orilla, entonces, pasaría a representar ese lugar por el que el padre recorrería sobre su canoa, una banda intermedia del río, anterior a esa segunda orilla que no puede ser definida ni traspasada porque habría significado el abandono de una práctica purificadora; de ahí que “Solo ejercitaba la invención de permanecer en aquellos espacios del río, de medio a medio, siempre en la canoa, para no salir de ella nunca más”.¹⁵ El fragmento medio de ese torrente “grande, hondo, callado siempre”¹⁶ es

13. *Ibíd.*, 38.

14. *Ibíd.*

15. *Ibíd.*, 39.

16. *Ibíd.*, 38.

el lugar de retiro que remite a la idea del paraje solitario y libre, en el que el agua fluye en constante nomadismo, y en el que el hombre desde la barca, evita la caída hacia las cascadas. El río se convierte en su hábitat y la canoa, en su recinto. Allí, ya nadie podría alcanzarlo ni contactarlo. Se instaura una nueva condición que acepta compararse con aquella del anacoreta¹⁷ que, en el caso del relato de Guimarães Rosa, busca en “el desierto” “del río”, un territorio para el refugio, la redención, o la contemplación, dada su vaciedad, que es un carácter que nunca desordena ni perturba el espíritu del navegante de esta historia.

Este retiro, aceptado como búsqueda de la trascendencia, en efecto, representa una versión que “mortifica”¹⁸ el cuerpo y que lo purifica, alejándolo de la comodidad y de la habitual satisfacción de las necesidades primordiales, a cambio de la intemperie, el hambre, la soledad, y el silencio. La supervivencia del padre resultaba sorprendente e inexplicable, dadas las condiciones climáticas, a veces, tan hostiles, las intensas lluvias o las temperaturas extremas, sin ninguna protección, “Lo duro era no entender, de ninguna manera, cómo él aguantaba”.¹⁹ El padre no se acercó nunca más a tierra, ni tampoco volvió a prender fuego ni a frotar fósforos para que se hiciera la luz. Su alimentación corría por cuenta del hijo, y hasta de la madre y su complicidad silenciosa que facilitaba los alimentos para que él se los llevara: “Lo que comía era un casi; aun de lo que uno depositaba entre las raíces de la gameleira o en la gruta de la barranca, él recogía poco, ni lo suficiente”.²⁰ Después de la última vez que miró al padre en el río, el

17. El mito de los anacoretas salvajes (Egipto de mediados del siglo IV d. C.) relataba el viaje de un asceta hacia el desierto, después de una visión premonitrice, para buscar a un ermitaño cristiano. Después de enfrentar penalidades, el asceta llega hasta un lugar agradable (oasis o cueva en la montaña), donde vivía un anacoreta muy viejo, desnudo, cubierto por el pelo canoso y largo de su cabellera y por el vello que le había crecido en todo el cuerpo. Luego habría de contarle cómo, asediado y sin más alimento que hierbas y raíces, había alcanzado un estado de perfección. Más al respecto, véase en Bartra, *El mito del salvaje*, 61.

18. “ca, 227-340 St. Paul of Thebes is commonly called the first Christian hermit. For ninety years Paul lived in a cave, dedicating himself to prayer and mortification in quest of purity of heart. His life was an expression of longing for the innocence of Paradise before the sin of Adan”, en “Chronology of the desert fathers 150 B. C.-400 A. D”. Más al respecto, véase en Helen Weddell, “Chronology of the desert fathers 150 B. C.-400 A. D”. *The Desert Fathers* (Nueva York: Vintage Books, 1998), XXVII.

19. Guimarães Rosa, “La tercera orilla del río”, 41.

20. *Ibid.*, 42.

narrador no da cuenta de qué fue lo que sucedió con la habitual entrega de sencillas provisiones para su alimentación. Pese a ello, la subsistencia del padre, además de inaudita, debe suponerse cierta.

La mortificación se entiende como parte de la penitencia, “una vez que se ha roto con el mundo”.²¹ A propósito del silencio y de la mudanza hacia el río sobre la canoa, se puede pensar en dos asuntos de la tradición judeocristiana. El primero tiene que ver con el retiro de Jesucristo durante cuarenta días al desierto. Según el Evangelio de San Mateo, 4:1-11, Jesús fue llevado por el Espíritu Santo al desierto para ser tentado e iniciar su ministerio, solamente después de cumplida esta prueba. Retomando el análisis de Bartra sobre el simbolismo del desierto en la tradición judeocristiana, que alude a su dualidad, ya como abismo y oscuridad (tentación y pecado), ya como paraíso y esperanza (beatitud contemplativa), y también asociado a la noción del salvajismo, la analogía desierto/río podría entenderse desde estas percepciones:

La idea hebrea de desierto o de espacio salvaje llegó a formar un concepto moral: era la naturaleza que se vaciaba de sentido, como castigo, como prueba, o como el inmenso espectáculo de la ira desencadenada del dios vengativo.²²

[...] el desierto en el Antiguo Testamento era el espacio de la prueba, la tentación, el pecado y el castigo; pero también –al mismo tiempo– un territorio para la contemplación, el refugio y la redención.²³

¿Por qué el padre opta por su retiro a la soledad del río? ¿Cuál es esa nostalgia que inspira su desplazamiento? El relato no nos concede certezas sobre el motivo y la búsqueda del personaje, que además darían forma a la culpa que inspira su penitencia. El solitario e incansable navegante privilegia su retiro hacia el agua y su distanciamiento de la tierra, es decir, su alejamiento de la familia, la comunidad y las formas de organización y convivencia. En este punto, precisamente, cobra fuerza el argumento sacrificial en la medida en que se patenta una renuncia a una vida anterior, en

21. Marek Starowieyski, “La penitencia en los apotegmas de los padres del desierto”, en *Reconciliación y penitencia: V Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra* (Navarra: Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1983), 284.

22. Bartra, *El mito del salvaje*, 52.

23. *Ibíd.*, 57.

favor de otra vida absolutamente distinta, en la que experimenta el sosiego, la soledad, el ayuno, la intemperie y la sensación de destino ineludible.

El segundo asunto de la tradición judeocristiana tiene que ver con la cesta que flotaba sobre el Nilo, transportando al pequeño Moisés (uno de los Padres del Desierto), profeta y legislador del pueblo hebreo. Ese episodio tiene que ver con el momento en el que se efectúa la salvación del pequeño niño que luego habría de liberar a su pueblo, para conducir su Éxodo a la Tierra prometida y recibir en las tablas los diez mandamientos. El Éxodo 2:1-10 da cuenta de esa salvación: “3 Cuando ya no pudo ocultarlo, tomó una cesta de papiro y la impermeabilizó con betún y pez. Después puso en ella al niño y la dejó entre los juncos, a orillas del Nilo. 4 Pero la hermana del niño se quedó a una cierta distancia, para ver qué le sucedería”.²⁴ El embarco y la navegación se articulan a los valores del agua, que corre, lo lleva, lo purifica y lo entrega al flujo de su destino; además, hace referencia a un espacio exterior útil para la experiencia de exclusión del pasajero sobre el río. En efecto, se trata de un viaje constante entre dos orillas a las que el navegante ha negado su pertenencia. Un borde y otro borde, la segunda orilla replica las posibilidades de la primera (tierra firme y civilización); ambos bordes son evitados por el navegante con su movilización restringida, únicamente, al fragmento medio y desolado del río.

La práctica del retiro como una forma radical de buscar la ascesis conecta con la posibilidad de encontrar el conocimiento sobre la naturaleza del hombre y sobre Dios. El padre era “hombre cumplidor, de orden, positivo”.²⁵ Obediencia y norma contactan con la concepción aristotélica de la virtud (moral o contemplativa) como medio de alcanzar la felicidad,²⁶ aluden al componente virtuoso y ético de obrar (es decir, de hacer lo correcto), y refieren a esa coincidencia entre lo individual y lo colectivo. Los informantes del narrador-personaje, que son reconocidos como “personas sensatas”,²⁷ describen a un sujeto civilizado y respetuoso del orden (de la *diké*). Aquel sujeto que es el padre, luego abandona “el orden” y “el cumplimiento” y toma distancia de la ley de los hombres, para buscar

24. *La Biblia*, “Antiguo Testamento”, 84, <<http://www.bibliacatolica.com.ar>>, consulta: 10.01.2017.

25. Guimarães Rosa, “La tercera orilla del río”, 38.

26. Pedro Simón Abril, “Prólogo”, en *La ética de Aristóteles* (Libros en la red: Dipualba, 2001), 12-9, <<http://www.dipualba.es>>Libros>EticaAris, consulta: 14.01.2017.

27. Guimarães Rosa, “La tercera orilla del río”, 38.

otra ley u otra manera de obrar correctamente, que lo hace partícipe de un proceso paulatino de distanciamiento de lo mundano y civilizado.

Retornemos a los motivos del silenciamiento voluntario y la renuncia temporal al don de la palabra que deben ser leídos tanto como un acto de abandono, cuanto como una búsqueda de la trascendencia, “Y jamás habló palabra con persona alguna. Nosotros, tampoco, hablamos más de él. Solo pensábamos. No, nuestro padre no podía borrársenos”.²⁸ Dicho distanciamiento activa una mirada diferenciante que singulariza al personaje que ha renunciado a la tierra firme a cambio del agua: “Nuestra madre avergonzada, se portó con mucha cordura por eso todos atribuyeron a nuestro padre el motivo del que no querían hablar: locura”.²⁹ Su ambigua permanencia, a corta distancia y a la vez lejos de su casa y de su familia, propició la proliferación de rumores: “Unos consideraban que podría tratarse del cumplimiento de alguna promesa o que, nuestro padre, tal vez, por escrúpulo de alguna enfermedad, como ser la lepra, desertaba para otra suerte de vida”;³⁰ “Solo las falsas habladurías [...] decían: que nuestro padre había sido el elegido como Noé, y que, por lo tanto, con la canoa se había anticipado”.³¹ Sin embargo, la experiencia del padre tiene que ver con una búsqueda ascética y en torno a ella interesan los asuntos de la confesión de la culpa y la penitencia. En especial, el pecado, es decir, la culpa, eran necesarios para la ascesis, puesto que “Dice Moisés, uno de los padres del desierto, que, en tanto que un hombre no siente en su corazón que es pecador, Dios no lo escucha”.³² La penitencia como virtud es el medio para vencer el pecado en la medida en que se abandona todo, a cambio de la sumisión completa a Dios. Además, los padres del desierto no dudan en afirmar la superioridad de un pecador penitente sobre un justo y la importancia de la penitencia, cuyo límite no son las acciones externas.³³ De ahí, que la grandeza de la penitencia, por tanto, se encuentre en el cambio profundo que produce en el alma del penitente.

Tal vez el padre de esta historia debió haber reconocido su pecado como una autoconfesión; sin embargo, aquella culpa no nos es revelada en

28. *Ibíd.*, 42.

29. *Ibíd.*, 39.

30. *Ibíd.*

31. *Ibíd.*, 43.

32. Starowieyski, “La penitencia en los apotegmas de los padres del desierto”, 283.

33. *Ibíd.*, 285.

el relato, pero sí su entrega a la penitencia después de haber quebrantado su relación con el mundo. El hijo, por su parte, confiesa su culpa en el acto de traición a su padre al haber rehuído a tomar su lugar en la canoa, es decir, convertirse en un penitente que busca la trascendencia espiritual. La traición es un motivo presente en el Nuevo Testamento: Judas Iscariote, uno de los doce apóstoles, vendió a Jesús por treinta piezas de plata, que era el valor de los esclavos. Su arrepentimiento, luego, provocaría la devolución de esas monedas y, según el Evangelio de Mateo, su suicidio. Resulta, entonces, interesante la posibilidad de identificar y enlazar motivos de la tradición judeocristiana en la historia de “La tercera orilla”, en especial, estos que tienen relación con las nociones de la culpa y la penitencia. De ahí que el hijo haga expreso su deseo de terminar sus días en una canoa, lo que también significa asumir el legado de su padre. Estos episodios del relato confirman un acto de fe en la penitencia y en su eficacia, pero también verifican la idea de la conmutación de la culpa, y la de la inexistencia de un pecado irremisible, si se antepone el arrepentimiento y la conversión en la penitencia.

La culpa del hijo proviene de la negación de su solidaridad, que en la tradición de la pedagogía de la penitencia es fraterna, ya que “Los grandes abades emprendían a menudo largos viajes para mover a algún hermano a la penitencia [...] Entre los eremitas egipcios se advierte un profundo sentimiento de solidaridad y comunión, una verdadera dimensión social de la penitencia”.³⁴ Padre e hijo, finalmente, aceptan la ruptura radical con su vida habitual y confirman la actitud de un pecador que asume la confesión de la culpa y su expiación como dones y purificación que permiten su trascendencia. Es más, el hijo ansía ese destino que fue experiencia del padre.

La mudanza a la canoa y la navegación sobre el río desolado configuran el espacio y la severidad de la penitencia que se define por los actos de distanciamiento y mortificación. Dicha severidad provoca un devenir en el sujeto penitente hacia una alteridad que se pertenecía a las aguas de ese río que solo él conocía y del que nunca más volvería para rozar la tierra, “Nuestro padre pasaba a lo largo, entrevisto o desleído, cruzando en la canoa, sin dejar que se acercase nadie a la mano o a la voz”.³⁵ La penitencia, además de ejercicio espiritual de trascendencia, atraviesa el cuerpo del

34. *Ibíd.*, 289.

35. Guimarães Rosa, “La tercera orilla del río”, 41.

penitente, es decir, el cuerpo del padre, que se silencia, que se distancia y que se coloca a la intemperie, intentando un desplazamiento hacia la coordenada de la diferencia. Este cuerpo ha extinguido para sí las posibilidades de la interacción humana y se acerca a una condición de supervivencia que supera los límites de lo humano a expensas del entorno. Este mismo cuerpo plantea la discontinuidad de dos mundos agua/tierra y humano/sobrehumano, al tiempo que pone en evidencia una contradicción: la fortaleza espiritual y la fragilidad de su especie, que pudo haber renunciado a su permanencia en la tercera orilla, a condición de que fuera el hijo quien lo sustituyera en el acto sacrificial de la penitencia: “Padre, usted está viejo, ya cumplió lo suyo... Ahora, usted viene, no precisa más... Usted viene, y yo, ahora mismo, cuando quiera, los dos de acuerdo, ¡yo tomo su lugar, el de usted, en la canoa...!”.³⁶

La idea de ese “cumplimiento” activa la concepción hebrea del desierto como el lugar de purga y el de la aproximación de una promesa: “El desierto era un hueco en la naturaleza que abría las puertas de un delirio religioso peculiar: el generado por el encuentro entre la oscuridad de la culpa y la luz de la promesa”.³⁷ La actitud del padre, acercándose con su canoa hacia el hijo, explicita su voluntad de retorno, aunque este no se consolide finalmente. Ese deseo de retornar quizá tenga que ver con ese “cumplir” resuelto, y ese “haber cumplido” tal vez tenga que ver con la trascendencia espiritual o con la finitud de la existencia, que se asocia a la incapacidad del cuerpo envejecido y desgastado de sobrellevar ese estado de retiro sobre el río, en la canoa. La imposibilidad/derrota que se articula hacia el final del relato, también guarda relación con la impotencia del hijo de asumir, oportunamente, ese lugar de penitencia, metaforizado en la canoa, y guarda relación con el terror que infundió en él la coordenada insospechada (en el “más allá”), en la que supuso había permanecido el padre durante varios años, que se contaban desde el nacimiento del hijo de su hermana y el desplazamiento de todos los miembros de la familia, incluida su envejecida madre, hacia la ciudad:

¿Si él no se acordaba, ni quería saber más de nosotros, por qué, entonces, no subía o bajaba el río, hacia otros parajes, lejos, en lo no encontrable? Solo él sabía. Pero mi hermana tuvo un niño, ella porfió que quería mos-

36. *Ibíd.*, 44.

37. Bartra, *El mito del salvaje*, 57.

trarle el nieto. Fuimos todos al barranco, fue un lindo día, mi hermana con vestido blanco, el del casamiento; ella levantaba en los brazos la criaturita, el marido sostuvo, para protegerlos, la sombrilla. Nosotros llamamos, esperamos. Nuestro padre no apareció. Mi hermana lloró, nosotros todos lloramos, allí, abrazados.³⁸

La cancelación de la penitencia y su severidad encuentran su metáfora en el cuerpo vulnerado por el tiempo, un tiempo cuyo simbolismo se arraiga al río, tal y como otras lecturas sobre este relato de João Guimarães Rosa ya lo han propuesto. El funcionamiento de este simbolismo está asociado a aquello que fluye, es imparable y eterno. En torno a lo perpetuo, el hijo confiesa a su receptor anónimo que heredó la tristeza del padre para sus palabras (una primera perpetuidad, el legado). Y luego, sugiere la ausencia del padre “¿De qué tenía yo tanta, tanta culpa? Si mi padre siempre ponía ausencia: y el río –río– río, el río –ponía perpetuidad”,³⁹ (una segunda perpetuidad, el río y la ausencia). Lo anterior demuestra la existencia de un algo pendiente que debe ser resuelto y que empata con la angustiada sensación de culpabilidad que tortura al personaje, sensación que solo hallaría sosiego en “una simple canoa, en esa agua, que no cesa, de extendidas orillas”,⁴⁰ es decir, en su propia experiencia penitente. Nótese cómo la canoa que había representado un elemento importante para definir un punto de giro en la historia, se convierte en la posibilidad de un lugar de remanso y de eternidad para el hijo quien, envejecido, recuerda estos episodios mientras presente la muerte cercana y, entre tanto, el río incesante, reafirma su sentido de lo inexorable.

Retorno al asunto del cuerpo y su movimiento que ya no es en sí mismo, sino que se ha conjugado con el de las aguas del río y conecta esto último con la idea renacentista de que es también el movimiento del espíritu. El cuerpo ausente de su vida anterior se ha desprendido de las cosas del mundo y, por tanto, de la posibilidad de vicios y pecados capitales, en una cotidianidad distinta, caracterizada por la repetición del acto de navegar en un espacio desolado. La condición virtuosa del padre se resuelve en esta continuidad que articula su retiro, su mortificación y su sosiego; y es la misma condición que su hijo anhela. “La tercera orilla del río” plantea

38. Guimarães Rosa, “La tercera orilla del río”, 43.

39. *Ibíd.*, 44.

40. *Ibíd.*, 45.

un devenir en una alteridad otra, que pone en juego una transmutación recíproca, porque el hijo, con el tiempo, y como para no olvidar al padre, se iba pareciendo cada vez más a él; y el padre iba dejando de ser tal, para alcanzar su trascendencia. Pero la desaparición del padre supone el desdibujamiento de esa *tercera orilla*, que se bosquejaba con la permanencia de su cuerpo penitente, en la canoa; y que se propiciaba con la porfía del navegante, con la negación de aquello que está articulado a esa tierra, en la que, finalmente, el personaje narrador aguarda apelando a la gestión de su memoria, y bajo los efectos de la culpa, su muerte y su descanso eterno sobre la perpetuidad del río y dentro de la canoa, como única posibilidad de restitución de ese sujeto que ansía la penitencia en una tercera orilla, que según sugiere la historia relatada, se va difuminando con la ausencia del padre navegante. *

Bibliografía

- Bartra, Roger. *El mito del salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Guimarães Rosa, João. “La tercera orilla del río”. En *El audaz navegante y otras historias*, 38-45. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1986.
- Starowieyski, Marek. “La penitencia en los apotegmas de los padres del desierto”. En *Reconciliación y penitencia: V Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, 283-91. Navarra: Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1983.
- Viveiros de Castro, Eduardo. *La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio*. Buenos Aires: Ediciones Tinta Limón, 2013.
- Weddell, Helen. “Chronology of the desert fathers 150 B.C.-400 A. D”. En *The Desert Fathers*, XXV-XXIX. Nueva York: Vintage Books, 1998.

Citas virtuales

- Abril, Pedro Simón. “Prólogo”. En *La ética de Aristóteles*, 12-9. Libros en la red: Dipualba, 2001. <[http://www.dipualba.es>Libros>EticaAris](http://www.dipualba.es/Libros>EticaAris)>.
- Caldas, Heloisa. “Un margen para el padre”. <<http://virtualia.eol.org.ar/016/default.asp?destacados/caldas.html>>.
- La Biblia*: “Antiguo Testamento”. <<http://www.bibliacatolica.com.ar>>. Consulta: 10.01.2017.
- Montero Morillo, Alicia. “Transformación, alegoría y absurdo en ‘La tercera orilla del río’ de João Guimarães Rosa y *La Metamorfosis* de Franz Kafka”. <<http://produccioncientificaluz.org/index.php/rlh/article>view/18622>>.